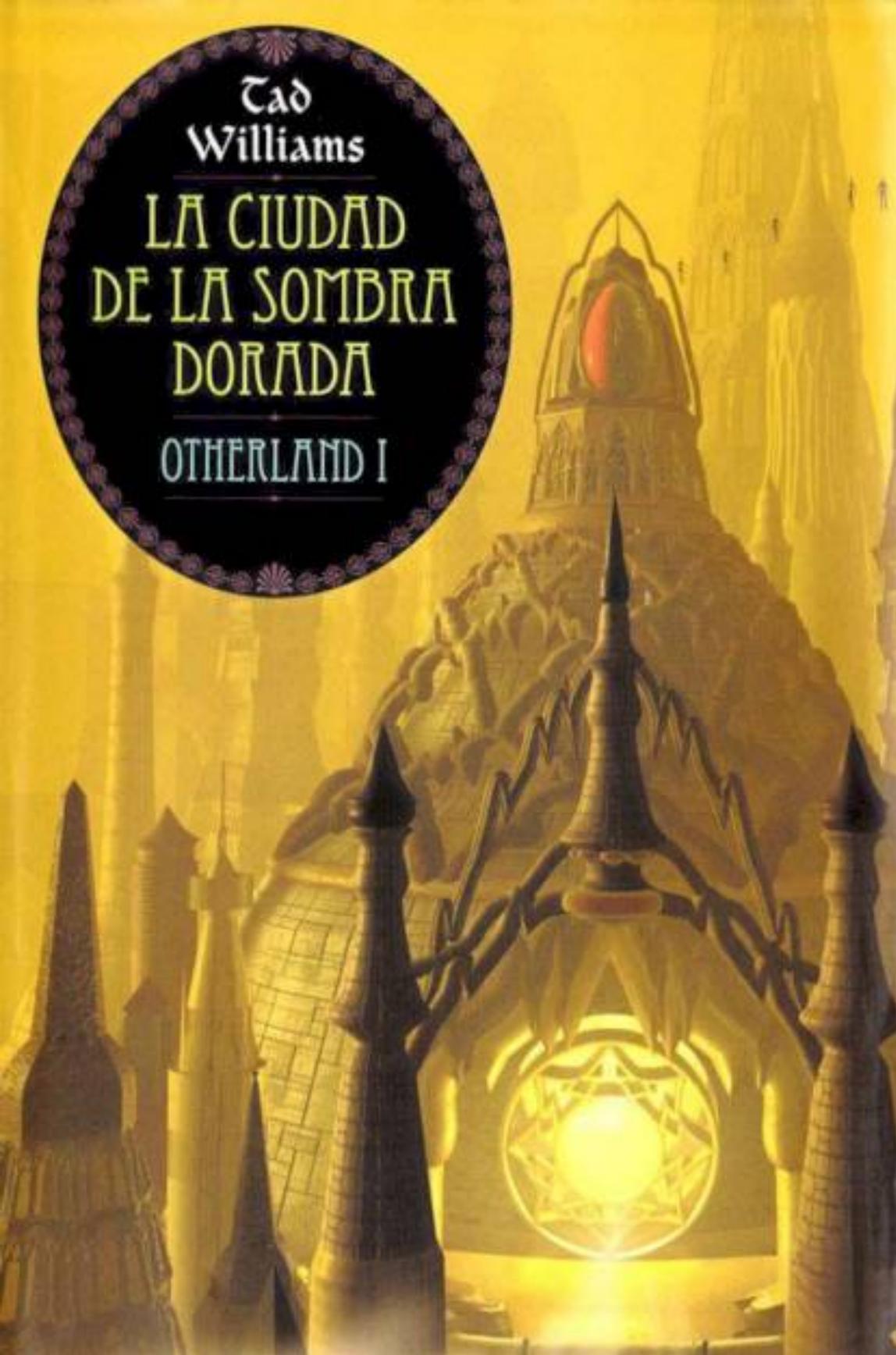


Tad
Williams

LA CIUDAD
DE LA SOMBRA
DORADA
OTHERLAND I



En pleno siglo XXI, dos brillantes generaciones de científicos al servicio de la Hermandad del Santo Grial han creado un gigantesco mundo virtual: Otherland, cuyos efectos nocivos comienzan a minar la salud de muchos niños en el mundo.

Al frente de la siniestra organización está Félix Malabar, el hombre más adinerado y viejo del planeta, quien, convertido en el mítico Osiris de un Egipto virtual, conjurará todo tipo de fuerzas contra la Tierra.

Dedico este libro a mi padre, Joseph Hill Evans,
con todo mi afecto.

En realidad, mi padre no lee ficción,
de modo que si nadie se lo dice,
es posible que no llegue a enterarse nunca.

TAD WILLIAMS

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido increíblemente difícil de escribir y estoy en deuda con mucha gente por su colaboración, pero sobre todo con las personas que cito a continuación, que me ayudaron en las investigaciones cuando más lo necesitaba o me dieron buenos consejos después de haberse zambullido en otro de los gigantescos manuscritos de Tad. Son los siguientes:

Deborah Beale, Matt Bialer, Arthur Ross Evans, Jo-Ann Goodwin, Deborah Grabien, Nic Grabien, Jed Hartman, John Jarrold, Roz Kaveney, Katharine Kerr, M. J. Kramer, Mark Kreighbaum, Bruce Lieberman, Mark McCrum, Peter Stampfel y Mitch Wagner.

Agradezco también, cómo no, la paciencia y la perspicacia de mis editoras, Sheila Gilbert y Betsy Wollheim.

Para mayor información, la dirección de Tad Williams en Internet es: <http://www.tadwilliams.com>

NOTA DEL AUTOR

El pueblo aborigen de Sudáfrica recibe nombres diversos, como *san*, *basarwa* o habitantes del área remota (en jerga del gobierno oficial), pero se los conoce más comúnmente como los bosquimanos (*bushmen*).

Reconozco que me he tomado muchas libertades al retratar en esta novela la vida y creencias de los bosquimanos, pues no se caracterizan por un folclore monolítico — cada zona, e incluso a veces cada clan, posee sus propios mitos plenos de significado— ni poseen una cultura única. He simplificado el pensamiento, las canciones y las historias del pueblo aborigen e incluso los he modificado recurriendo a las transposiciones. Son exigencias de la ficción.

De todos modos, las viejas costumbres de los bosquimanos están en rápido proceso de desaparición. Una de las manipulaciones de la realidad menos verosímiles que me he permitido es la simple afirmación de que, a mediados del siglo XXI, todavía quede alguien que luche por la vida cazadora y recolectora en las montañas sudafricanas.

A pesar de haber retocado la realidad, he hecho todo lo posible por mantenerme fiel al espíritu de lo que retrato. Si alguien se siente ofendido o explotado, he fracasado. Mi propósito principal es relatar una historia, pero si con ello incito a algún lector a aprender más sobre los bosquimanos y sobre una forma de vida que ninguno de nosotros puede permitirse pasar por alto, me sentiré plenamente satisfecho.

PRÓLOGO

Empezó en el barro, como tantas cosas.

En un mundo normal habría sido la hora de desayunar pero, al parecer, en el infierno no se servía el desayuno; el bombardeo que había comenzado antes del amanecer no daba señales de remitir. De todos modos, el soldado Jonas no tenía muchas ganas de comer.

A excepción de un breve momento, cuando se retiraba despavorido cruzando una zona de barro desolada y tan llena de cráteres como la luna, Paul Jonas había pasado el 24 de marzo de 1918 del mismo modo que los tres últimos días, y gran parte de los muchos meses anteriores..., tiritando agazapado en el cieno frío y hediondo de un lugar entre Ypres y San Quintín; ensordecido por las estampidas atornadoras de la artillería pesada alemana, rezando instintivamente a una entidad en la que ya no creía. Había perdido a Finch, a Mullet y al resto del pelotón en algún punto durante el caos de la retirada... tenía la esperanza de que se hubieran puesto a salvo en alguna otra parte de las trincheras, pero era difícil pensar mucho más allá de los pocos codos de miseria que lo confinaban. El mundo entero estaba húmedo y pegajoso. La neblina que descendía lentamente, consecuencia de la explosión de cientos de kilos de metralleta al rojo vivo en medio de una multitud de seres humanos, había salpicado abundantemente la tierra desgarrada, los árboles desnudos y al propio Paul.

Niebla roja, tierra gris, cielo color hueso viejo: Paul Jonas estaba en el infierno..., un infierno muy especial porque no todos los que estaban allí habían muerto todavía.

En realidad, advirtió Paul, uno de sus habitantes agonizaba muy despacio. No debía de encontrarse a más de veinte metros, por lo cerca que lo oía, pero a efectos prácticos era como si hubiera estado en Tombuctú. Paul no tenía la menor idea de cómo era el soldado herido, le habría supuesto el mismo esfuerzo levantar la cabeza voluntariamente por encima del borde de la trinchera que salir volando a fuerza de desearlo, pero ya conocía su voz demasiado bien, llevaba una hora larga blasfemando, sollozando y gimiendo de dolor, llenando todos los silencios entre cañonazo y cañonazo.

Todos aquellos heridos durante la retirada habían tenido el buen gusto de morir rápidamente o, al menos, de sufrir en silencio. El compañero invisible de Paul había llamado a su sargento, a su madre y a Dios y, cuando ninguno de ellos acudió en su ayuda, siguió aullando igual. Y aún gemía con un lamento lloroso y sin palabras. El herido, un soldado anónimo entre miles hasta hacía poco, parecía dispuesto a convertir a todo el frente occidental en testigo de sus últimos momentos de agonía.

Paul lo odiaba.

El terrible y aplastante fragor cesó; se produjo un maravilloso momento de silencio antes de que el herido reanudara sus gritos con una cantinela gorgoteante como una langosta al cocerse.

—¿Tienes fuego?

Paul se volvió. A su lado, unos ojos claros, amarillo cerveza, le miraban incrustados en una máscara de barro. El aparecido, agachado a cuatro patas, llevaba un sobretodo tan deshilachado que parecía hecho de telarañas.

—¿Qué?

—¿Tienes fuego? ¿Una cerilla?

Una pregunta tan común en medio de tanta irrealidad le hizo sospechar que no había oído bien. El otro levantó una mano, tan sucia como la cara, con un delgado cilindro blanco tan limpio y luminoso que se diría caído de la luna.

—¿Me oyes, amigo? Fuego.

Paul rebuscó en el bolsillo palpando con su mano entumecida hasta dar con una caja de cerillas milagrosamente seca. El herido volvió a gritar más fuerte aún que antes, perdido en el desierto a un tiro de piedra.

El hombre del sobretodo deshilachado se apoyó en un lado de la trinchera amoldando la curva de la espalda al barro protector, partió el cigarrillo en dos con delicadeza y ofreció la mitad a Paul. Mientras encendía la cerilla, ladeó la cabeza para escuchar mejor.

—¡Dios me asista! ¡Todavía sigue ese ahí! —Devolvió las cerillas a Paul y mantuvo la llama viva para darle fuego—. Bien podría Fritz tirarle una encima y así nos quedaríamos tranquilos los demás.

Paul asintió con la cabeza. Hasta ese gesto le suponía un esfuerzo.

Su compañero levantó la barbilla y soltó un hilo de humo que subió bordeando el ala del casco y desapareció confundida con el cielo liso de la mañana.

—¿Nunca tienes la sensación de...?

—¿La sensación?

—¿De que es un error? —El desconocido señaló con la cabeza las trincheras, los cañones alemanes, el frente de occidente en general—. ¿De que Dios no está, o que se ha ido a dormir la siesta o algo así? ¿Nunca te sorprendes deseando que un día se le ocurra mirar aquí ahajo, vea lo que pasa... y haga algo por remediarlo?

Paul asintió, aunque nunca lo había pensado con tanto detalle. Sin embargo, había percibido el vacío de los cielos grises y, alguna vez, había notado la curiosa sensación de estar por encima de todo, mirando la sangre y el barro desde lejos, observando las criminales hazañas bélicas con el

desapego de quien mira un hormiguero. Dios no podía estar mirando, eso seguro; si fuera así y hubiera visto lo mismo que Paul Jonas —hombres que estaban muertos pero no lo sabían e intentaban frenéticamente meterse otra vez las tripas reventadas en la camisa, cuerpos hinchados en estado de putrefacción abandonados días y días a pocos metros de amigos con los que habían cantado y reído—, si hubiera visto todo eso y no hubiera hecho nada por impedirlo, tenía que estar loco.

Pero Paul no había creído en ningún momento que Dios fuera a salvar a esas criaturas diminutas que se mataban a miles unas a otras por media hectárea de lodo agujereado por los proyectiles. Se parecería demasiado a un cuento de hadas. Los niños pobres no se casaban con princesas; morían en calles nevadas o en callejones oscuros... o en trincheras francesas llenas de barro, mientras Dios Padre dormía la siesta.

—¿Hay novedades? —preguntó, haciendo acopio de fuerzas.

El desconocido aspiró profundamente el cigarrillo sin importarle que la brasa le quemara los dedos sucios, y suspiró.

—Todo; nada. Ya se sabe. Que Fritz avanza por el sur y va derecho a París; o que ahora que han entrado los yanquis, vamos a aplastarlos directamente y a tomar Berlín en junio. «La victoria alada de Samo... no sé qué» apareció en Flandes volando por el cielo, bailando el hula-hula con una espada flamígera en la mano. ¡Pura mierda!

—¡Pura mierda! —corroboró Paul.

Dio otra calada al cigarrillo, lo tiró a un charco y se quedó triste mirando la colilla, que fue empapándose de agua sucia hasta que las últimas hebras de tabaco salieron a flote. ¿Cuántos cigarrillos más fumaría antes de que la muerte lo encontrara? ¿Doce? ¿Cien? ¿O sería ese el último? Recogió el papel y lo estrujó entre los dedos haciendo una bola.

—Gracias, compañero.

El desconocido dio media vuelta y empezó a arrastrarse trinchera arriba; entonces le dijo una cosa extraña por encima del hombro.

—Mantén la cabeza agachada. Piensa en salir de aquí. ¡En salir de verdad!

Paul se despidió agitando la mano, aunque el hombre ya no lo veía. El soldado herido volvió a gritar, quejidos lastimeros sin palabras que sonaban a parto de un ser no humano.

Al cabo de unos instantes, como despertados por una invocación demoníaca, los cañones volvieron a la carga.

Paul apretó los dientes y se tapó los oídos con las manos como si pudiera inutilizarlos, pero seguía oyendo los gritos del herido; su voz ronca era como un alambre al rojo que le entrara por un oído y le saliera por el otro, yendo y viniendo sin cesar... En los últimos dos días habría dormido unas tres horas, y la noche, que ya se le echaba encima, prometía ser aún peor. ¿Por qué no había salido ningún equipo de camilleros a recoger a los heridos? Los cañones llevaban callados una hora al menos.

A medida que lo pensaba, cayó en la cuenta de que, a excepción del hombre que se le acercó a pedir fuego, no había visto a nadie desde que abandonaran las trincheras de primera línea por la mañana. Había dado por supuesto que habría otros hombres unas curvas más allá, y el del cigarrillo pareció confirmarlo, pero el bombardeo había sido tan constante que Paul no había querido moverse. Ahora que todo parecía tranquilo desde hacía un rato, empezó a preguntarse por el resto del pelotón. ¿Finch y los demás se habrían replegado a otros escondites más lejanos? ¿O estarían unos pocos metros más allá abrazando las profundidades, resistiéndose a salir a campo abierto ni siquiera en misión caritativa?

Se dejó caer de rodillas, se echó el casco hacia atrás para que no le resbalara sobre los ojos y empezó a arrastrarse

en dirección oeste manteniéndose muy por debajo del borde de la trinchera; aun así, tanto movimiento le pareció un acto de provocación. Encogió los hombros esperando un bombazo tremendo de arriba pero nada le cayó encima salvo el incesante quejido del moribundo.

Veinte metros y dos curvas más allá, llegó a un muro de barro.

Quiso secarse las lágrimas pero solo consiguió llenarse los ojos de porquería. Una última explosión resonó en lo alto y conmovió la tierra. Un pegote de barro, incrustado en una raíz que salía por la pared de la trinchera, se desprendió y no tardó en fundirse con el resto en el cenagal del suelo.

Estaba atrapado; así de sencillo y de horrible. A menos que se atreviera a salir a campo abierto, lo único que podía hacer era acurrucarse en aquel segmento aislado de trinchera hasta que un proyectil lo alcanzara. No se hacía ilusiones de durar tanto como para preocuparse del hambre. No se hacía ilusiones de nada. Estaba prácticamente muerto. Jamás volvería a oír a Mullet quejarse por las raciones, ni vería a Finch recortarse el bigote con una navaja. Qué detalles tan triviales, tan entrañables, y ya los echaba de menos con una intensidad que dolía.

El moribundo seguía allí fuera, quejándose.

«Esto es el infierno, no estoy fuera de él...».

¿De dónde eran esas palabras? ¿De un poema? ¿De la Biblia?

Abrió la pistolera, sacó la Webley y se la llevó al ojo. A la escasa luz, el alma del cañón también parecía honda como un pozo, un vacío en el que caer para no volver nunca: un vacío silencioso, oscuro, reparador...

Sonrió sin alegría y dejó el arma en el regazo cuidadosamente. No sería patriótico, seguro. Más valía obligar a los alemanes a gastar sus caros proyectiles en él; exprimir un poco más a una *Fraulein* obrera de brazos pecosos de cual-

quier cadena de cualquier fábrica del valle del Ruhr. Además, la esperanza es lo último que se pierde, ¿no?

Empezó a llorar otra vez.

Arriba, el moribundo dejó de lamentarse un momento y tosió. Tosía como un perro apaleado. Paul apoyó la cabeza otra vez en el barro y gritó:

—¡Calla! ¡Cállate ya, por el amor de Dios! —Respiró hondo—. ¡Calla la boca y muere, maldito seas!

El hombre, animado al parecer por el compañerismo, siguió gimiendo.

La noche le pareció durar un año o más, meses de oscuridad, masas inmensas de negro inamovible. Los cañones escupían y atronaban. El moribundo se lamentaba. Paul enumeró una a una todas las cosas que recordaba de su vida antes de las trincheras, y luego volvió a empezar. De algunas solo recordaba el nombre pero no el significado. Había palabras increíblemente extrañas, como «hamaca» o «bañera». «Jardín» salía en varias canciones del libro de himnos del capellán, pero estaba casi seguro de que se refería a algo real y también la contó.

«Piensa en salir de aquí —le había dicho el hombre de los ojos amarillos—. ¡En salir de verdad!».

Los cañones enmudecieron. El cielo había clareado ligeramente, como si le hubieran pasado un trapo sucio. Bajo la tenue luz, distinguió el borde de la trinchera; trepó, volvió a caer resbalando y se rio en silencio del sube y baja. «Salir de aquí». Palpó con el pie una raíz gruesa y se aupó con esfuerzo hasta el exterior. Tenía la pistola e iba a matar al hombre que gritaba, no sabía gran cosa más.

El sol empezaba a salir por alguna parte, aunque Paul no sabía exactamente por dónde: la claridad era mínima y se diluía en la vastedad del cielo plomizo. Bajo ese cielo todo era gris. Barro y agua. Sabía que las partes llanas eran agua y, por tanto, todo lo demás era barro, excepto aque-

llas cosas altas. Sí, eran árboles, lo recordaba. Habían sido árboles.

Se puso de pie y giró sobre sí lentamente. El mundo se extendía solo unos pocos cientos de metros en cualquier dirección hasta terminar en niebla. Estaba aislado en el centro de un espacio vacío, como si hubiera entrado por equivocación en un escenario y se encontrara de pronto ante un público silencioso y expectante.

Sin embargo, no estaba completamente solo. A medio camino entre el yermo y él, un árbol se erguía aislado; un árbol como una mano aferrándose, con un brazaletes retorcido de alambre de espino. De sus ramas desnudas colgaba un bulto oscuro. Paul sacó el revólver y se acercó tambaleándose.

Era un cuerpo colgado boca abajo como una marioneta olvidada, con una pierna atrapada en la horcadura del tronco. Parecía tener todas las articulaciones descoyuntadas, los brazos caían inertes con los dedos estirados como si el barro fuera el cielo y el cuerpo quisiera volar. La cara era un amasijo amorfo de pulpa roja y quemaduras negras y grises, excepto por un ojo amarillo brillante de mirada fija, penetrante y demencial como la de un pájaro, y ese ojo observaba su lento progreso.

—Te tengo —dijo Paul.

Levantó la pistola pero el hombre no gritaba en ese momento.

Un agujero se abrió en la cara destrozada, y dijo:

—*Por fin has venido. Te esperaba.*

Paul se sobresaltó. La culata le resbalaba entre los dedos, el brazo le temblaba por el esfuerzo de mantenerlo levantado.

—¿Esperabas...?

—*Esperaba. He esperado mucho tiempo.* —La boca, donde solo se distinguían unas esquirlas blancas flotando en la masa roja, se retorció esbozando una sonrisa al revés —. *¿Nunca tienes la sensación de...?*

Paul se estremeció al oír los lamentos otra vez. Pero no podía ser el moribundo... el moribundo era ese. Así que...

—¿La sensación? —preguntó, y miró hacia arriba.

El objeto oscuro se precipitaba desde el cielo hacia él, un agujero negro en el aire gris pardusco que se acercaba con un silbido. Enseguida se dejó oír el ruido sordo del obús, como si el tiempo hubiera dado la vuelta y se hubiera mordido la cola.

—*De que es un error* —dijo el colgado.

Y el proyectil cayó; el mundo se replegó sobre sí mismo, cada vez más pequeño, ángulo tras ángulo, arrugándose por la acción del fuego y comprimiéndose por los ejes hasta que todo desapareció.

Tras la muerte, a Paul se le complicaron más aún las cosas.

Estaba muerto, por descontado, y lo sabía. No podía ser de otra forma. Había visto caer el proyectil, precipitarse sobre él desde el cielo como un ángel de la muerte sin alas, sin ojos, asombrosamente moderno, aerodinámico e impersonal como un tiburón. Había notado que el mundo se convulsionaba y el aire se inflamaba, que no le llegaba oxígeno a los pulmones y se le carbonizaban dentro del pecho. Estaba muerto, no cabía la menor duda.

Pero ¿por qué le dolía la cabeza?

Claro que, si en la otra vida el castigo por una existencia desperdiciada consistía en padecer dolor de cabeza eternamente, tendría cierto sentido. Un sentido espantoso.

Abrió los ojos y parpadeó a la luz.

Estaba sentado con la espalda recta en el borde de un cráter, una herida mortal profundamente abierta en la tierra fangosa. El terreno de alrededor era llano y estaba vacío. No había trincheras y, si las hubo, habían quedado enterradas por la sacudida de la explosión; no veía sino cieno quemado en todas direcciones, hasta que la tierra misma

se diluía en niebla gris y brillante en el horizonte que le rodeaba.

Pero por detrás, algo sólido le sujetaba la espalda; la sensación de aquello contra la parte baja de la espalda y en los omóplatos le hizo pensar por primera vez si no habría previsto su muerte con demasiada antelación. Se volvió a mirar, el casco le resbaló sobre los ojos y, por un momento, se sumió en la oscuridad de nuevo, hasta que le cayó de la cara al regazo. Se quedó mirándolo. Ya no tenía copa, había saltado por los aires; el ala metálica, retorcida y rota, se parecía más que nada a una corona de espinas.

Se estremeció convulso al recordar las historias de horror sobre soldados que mueren alcanzados por un proyectil y caminan más de veinte metros sin cabeza, o se quedan con las tripas en la mano sin reconocer lo que son. Lentamente, como si jugara un juego macabro consigo mismo, se pasó las manos por la cara, las mejillas y las sienes en busca de la masa carnosa que debía ser el cráneo. Tocó pelo, piel y hueso..., y cada cosa estaba en su lugar. No había heridas. Cuando se miró las manos, las tenía manchadas de sangre y barro a partes iguales, pero lo rojo ya estaba seco, pintura vieja y polvo. Dejó escapar el aire que hacía rato que contenía.

Estaba muerto pero le dolía la cabeza. Estaba vivo pero un fragmento de metralla incandescente le había rebanado el casco como hiende un cuchillo la cobertura de una tarta glaseada.

Levantó la mirada y vio el árbol pequeño y esquelético que le había arrastrado a tierra de nadie. El árbol del que colgaba el moribundo.

Ahora se elevaba hasta las nubes.

Paul Jonas suspiró. Había dado cinco vueltas al árbol pero allí seguía, tan incomprendible como al principio.

El débil esqueleto desnudo se había hecho tan grande que la copa se perdía de vista entre las nubes inmóviles del